

José Enrique Rodó: *El Mirador de Próspero. Obras completas de José E. Rodó*, volumen IV. Edición oficial al cuidado de José Pedro Segundo. Barreiro y Ramos S.A., Montevideo, 1958, pp. 1-11.

JUAN CARLOS GÓMEZ ⁽¹⁾

El 25 de Mayo, el día de América, trae envuelto en sus resplandores de gloria un recuerdo de solemne tristeza, al que no debe permanecer indiferente el espíritu de los orientales. Hace hoy once años que la desaparición eterna de un hombre que era un símbolo, una personificación, la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma, perseguidos en estériles luchas, acongojaba el corazón de ese pueblo en días sombríos, como el eclipse de una luz que es orientación y esperanza, y difundía por América un eco de veneración y de dolor.

La vibración sonora de la apoteosis que congregaba alrededor de la tumba de Juan Carlos Gómez a los enviados del pensamiento y la sensibilidad de ambas sociedades del Plata, para consagrar en imperecedero concurso de elocuencia la gloria de su nombre, no parece haber repercutido, al través de tan breve espacio de tiempo, en el corazón de la más cercana posteridad. Se busca, sin hallarla, una duradera sanción de ese homenaje, una manifestación sensible de esa gloria, y se espera en vano escuchar, cada vez que se levanta en el horizonte el sol del último día del tribuno, la palabra sentida de un recuerdo.

Glorificar la memoria de Juan Carlos Gómez sería, entre tanto, evocar del fondo de nuestra historia la fuerza moral e intelectual de sus días más fecundos en hermosas inspiraciones y en elevados ejemplos.

Llevaba el gran ciudadano, en el melancólico ocaso de su vida, la representación más pura de una época que asistía en él a la progresiva desaparición de sus creencias, sus hábitos y sus hombres, pero a la que su espíritu volvía con amor invencible, con inquebrantable fidelidad, presa de ese sentimiento de desolado abandono dentro del ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es a las ausencias del tiempo como la nostalgia a las ausencias del espacio.

Por eso en su recuerdo reviven el color y el alma de un glorioso pasado, y se identifica su existencia con la de aquella generación viril y luminosa que, nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la epopeya de América, llegó a la vida pública cuando se desplegaban las divisas de los bandos para la lucha de nueve años, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución literaria y filosófica de 1830: generación sobre la que ya es

posible fijar las vistas serenas de la historia y que deja tendidas sus más nobles personificaciones a lo largo del tiempo, como grupo de bronce que empieza a revestirse, a los ojos de la posteridad, del tono luciente y realzador de la pátina.

Del despertar de las energías de su mente, ansiosa de luz; de los que representaron su pensamiento y su palabra, en días heroicos, data en realidad el abolengo intelectual de nuestro pueblo y el primer espacio franqueado, dentro de su tumultuosa actividad, para la vida del espíritu.

Faltaban a Montevideo tradiciones propias de cultura. Había dormido en la sombra, oprimida por sus arreos de plaza fuerte, el largo sueño colonial. Había permanecido privada, en el transcurso de las luchas de la independencia, de la supremacía de la acción y del pensamiento con que otras ciudades americanas centralizaban las fuerzas de la Revolución, encauzándolas por el impulso de la propaganda escrita y la tribuna.

Con la presencia de los emigrados de las dos generaciones argentinas que representaban, frente al entronizamiento de la fuerza brutal, la una los recuerdos de la grande época de Rivadavia y los principios de su política civilizadora, y la otra el porvenir, anunciado por los entusiasmos y las iniciativas de 1837, que trazaron en la mente argentina el perfil definitivo de la nacionalidad, coincide de este lado del Plata la aparición del grupo de hombres nuevos a quienes tocaba rasgar, con la germinación inteligente de su espíritu, la áspera corteza de una cultura aun no formada.

No fue Juan Carlos Gómez el primero en anunciar la presencia de su generación en el campo de la actividad literaria ni en el de los cuidados cívicos. Adolfo Berro, levantando, bajo la inspiración de la nueva poesía, el ara de las devociones del sentimiento, y Andrés Lamas, ensayando la pluma del doctrinador y el polemista, para impugnar los preliminares de Alberdi a la exposición de Lerminier, y renovar, con *El Nacional*, el espíritu y las formas del diario, precedieron al poeta adolescente que se acercaba, en 1841, a una tumba prematuramente abierta, y reproducía allí la escena famosa que vincula el recuerdo de la muerte de «Fígaro» a una inmortal revelación.

Sólo aparece la fisonomía del poeta en este primer período de la juventud de Juan Carlos Gómez, que termina con la expatriación en 1843. No le contó en su seno la acción de la Defensa; pero una de las páginas más llenas de interés de la historia literaria y política de su tiempo: la que se refiere a la participación de los desterrados de ambos pueblos del Plata en la vida pública de Chile, sirve de fondo luminoso a la plena manifestación de su personalidad.

La iniciativa de reforma social y de emancipación literaria que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por el autor de *La Cautiva* bajo los pliegues de la última bandera de Mayo que debía flamear dentro de la capital argentina hasta la caída del régimen brutal que

profanó sus colores, fue obligada a continuarse en el destierro y afirmó sus focos de luz en esta margen del Plata y sobre las costas del Pacífico.

Así, la fuerza de expansión y de propaganda que había sido una de las glorias de la revolución política iniciada por la generación anterior e impulsada por ella hasta llevar a latitudes remotas, dilatándose como en el sucesivo desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida; el brazo de sus héroes y la palabra de sus tribunos, realza también esta iniciativa de renovación de las ideas, que se formula en el programa de la «Asociación de Mayo», vibra en la prensa de Montevideo sus entusiasmos ardorosos y tiene su más alta expresión en las polémicas de Santiago de Chile.

A fines de 1840 atravesaba la Cordillera, después de ser befado y torturado por la «Mazorca», un prófugo de San Juan, que había llevado allí la voz del patriciado culto y de la juventud inteligente en el movimiento suscitado por la repercusión de la propaganda de Echeverría, y trazaba, en un descanso del camino, bajo las armas de la patria que abandonaba, estas palabras de Fortoul: *On ne tue point les idées.*

Aquel proscrito, cuyo nombre debía en breve fulgurar al pie del *Facundo*, era el mensajero de una emigración que Chile vería pronto afluir a sus ciudades, donde los estremecimientos de la máquina de imprimir anunciaron ruidosamente su presencia; y aquel lema profético iba a tener la confirmación de la realidad en una propaganda de dos lustros, que hizo descender de lo alto de los Andes, sobre el suelo argentino, la voz de protesta de la cultura y la libertad vilipendiadas.

Santiago y Valparaíso reflejan, desde el terror de 1840, las luces proscriptas de su centro por la barbarie vencedora, y al amparo de su hospitalidad se continúa, en las múltiples manifestaciones de la prensa, el libro y la cátedra, la obra en que colaboran el pensamiento de Alberdi, la crítica de López, los panfletos de Frías, la investigación erudita de Juan María Gutiérrez.

Con el anatema incesantemente lanzado sobre la tiranía, comparte la actividad de esta emigración gloriosa la revelación de la nueva idea literaria. El numen del romanticismo llega envuelto en los pliegues de la bandera de Mayo al otro lado de la Cordillera, y lucha allí con la resistencia que personificaba aquel don Andrés Bello, en quien reconoce la cultura de Chile al primero de sus educadores, y cuyo espíritu, abierto a todas las luces del saber y favorecido con los dones del entendimiento más difícilmente conciliables, flexible y múltiple como el de un humanista del Renacimiento, era santuario de la tradición intelectual. En el brillante torneo que estas polémicas mantienen luce en todo su brío la gentileza literaria de los jóvenes desterrados que el romanticismo tuvo por justadores; el generoso entusiasmo con que llevaban a aquella lucha puramente ideal todo el ardor de las luchas reales y efectivas. Impulsada por

ellos, una cuestión de arte llegó a agitar los espíritus con fuerza de pasión, y una de las sociedades hasta entonces menos espirituales de América fue acaso el escenario más movido que tuvo en el continente la gran querrela literaria. La relativa incipiencia de la vida intelectual de aquella sociedad, un tanto encadenada a la tradición de la colonia, un tanto adusta y espartana en sus lineamientos, sirvió de fondo opaco para que se destacase aún más el brillo de esa propaganda, en la que nuestros románticos solían poner cierta arrogancia candorosa, cierta conciencia de su superioridad, que le comunicaba a menudo los aires de un magisterio altanero.

Pero hay todavía otra manifestación de la huella imborrable impresa por los desterrados en la vida del pueblo que les concedió generosa hospitalidad; y es su intervención en la política interna de ese pueblo, aun cuando sólo les era dado llevar a ella el concurso platónico de su palabra, desnuda del influjo vehemente y prestigioso que adquieren las ideas del publicista y el tribuno del relieve de su personalidad en la acción.

Bajo este aspecto, la figura juvenil de Juan Carlos Gómez se destaca quizás como la más activa y gallarda. Llegado a Chile en las postrimerías del primer gobierno de Bulnes, tomó de manos de Alberdi la redacción de *El Mercurio* de Valparaíso, que era la representación más alta de la prensa, y la mantuvo durante los cinco años del renovado gobierno, ya para estimular la obra de organización que llevaba éste adelante, ya para defender contra él la libertad de imprenta, o para oponérsele en una campaña electoral que dio por resultado el primer triunfo que se obtuviera sobre el poder en los comicios. Por igual apartado de la demagogia turbulenta y de la oligarquía reaccionaria, sostuvo en Chile la libertad vivificada por el orden, «la política que construye y educa», como la definía y predicaba Sarmiento, y acompañó con su propaganda a preparar la solución que tuvo, en tal sentido, la lucha presidencial de 1851.

Poco después, con el fracaso de la tiranía de Rozas, llega a su término esta brillante participación de nuestros emigrados en la historia literaria y política de uno de los más interesantes períodos de la vida chilena. El renacimiento de la prensa libre y la tribuna reclama en Buenos Aires la presencia de los proscritos argentinos, al par que un horizonte nuevo parece abrirse, disipada la humareda de la lucha, de este lado del Plata; y Juan Carlos Gómez pasa entonces su pluma de *El Mercurio* a la mano de don Ambrosio Montt, el Aramís de las voluptuosidades de la ironía sutil y refinada, tan singularmente opuesto, en el género de las armas que traía a la panoplia del famoso diario, a aquella inflexibilidad de la palabra y la actitud, a aquella entonación vehemente y amplísima, que dieron contornos al «carácter de Athos», a quien venía a reemplazar en el concierto de las inteligencias.

Vuelto a la patria, asume Juan Carlos Gómez la dirección del elemento culto y pensador de uno de los dos partidos que entonces se reorganizaban para proseguir su duelo interminable; vibra su pluma de polemista en las columnas

de *El Orden*, y luego en las de *El Nacional*; resuena su palabra en el Congreso de 1853, el más ilustre y representativo que haya cooperado a nuestros ensayos de organización, al par del que reunió en su seno, bajo los auspicios de una nueva paz, veinte años más tarde, a los enviados de otra generación de noble y turbulenta historia; y termina, no sin un pasaje fugaz por las alturas del gobierno, la actividad de su civismo, con la definitiva proscripción que aun se prolonga en el sueño de la muerte.

Incorporado desde entonces a la vida argentina, mantiene, sin embargo, su fidelidad de ciudadano sobre la poderosa tentación de un escenario que le brinda éxitos y honores. Su tribuna es, de nuevo y para siempre, la prensa. El alejamiento de la acción a que le condena el voluntario ostracismo veda otras formas de manifestación a su palabra y no consiente más alto pedestal a su figura; pero en aquel que las condiciones de su vida le depararon y donde las tempestades de medio siglo le vieron descollar sin que flaquearan sus viejos bríos un momento, fijó con rasgos indelebles su parte de representación y de obra. Personifica, en los anales de nuestras democracias del Plata, el periodista, el tribuno del pueblo constantemente identificado con las palpitaciones de su corazón y atento al rumor de sus oleajes; a la manera como personifica Juan María Gutiérrez el hombre de letras, Alberdi el pensador, Sarmiento el estadista. Hubo en la prensa quienes atesoraran más caudal de doctrina, más honda reflexión, mejor sentido de las oportunidades del presente; pero su palabra se impone sobre todas y llega, como la voz altiva de su época, al recuerdo de la posteridad, por el poder de transmitir la emoción y el entusiasmo; por la avasalladora energía de la afirmación, que imprime en ella la solemnidad de la del inspirado o el apóstol; por esa fuerza de la sinceridad que no se remeda, porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor.

Además, todas las turbulencias de la lucha en que la palabra tiende a la acción inmediata y efectiva; todas las huellas que imprime el hábito de la producción precipitada en el cauce áspero e inestable de las pasiones del momento, no alcanzaron a empañar en su alma el culto innato de la forma. Su escuela de diarista puede condensarse en las palabras, que él mismo invocaba, de Renán: «Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas». Llevó la pluma como un cincel destinado a fijar en el alma de la multitud inscripciones e imágenes, y supo mantener constantemente firme ese cincel, sin que los estremecimientos de la pasión enardecida lograsen apartarle de la esbelta limpidez del contorno.

Así campea el señorío de la forma en su postrera campaña de *El Nacional* de 1879, sobre la que se tienden las melancolías de creciente nostalgia; y así se le vio resplandecer en las cartas con que defendió su sueño último, su grande y generosa quimera, en la controversia levantada alrededor del monumento de La Florida: conmovedores arranques de su alma, verdaderos modelos de

literatura de polémica, páginas de las más poderosas, más vibrantes, más llenas de fluido nervioso, que hayan brotado, acaso, de la pluma de ningún escritor.

Por este don del estilo prodigado en la labor ingrata de la prensa, puede representarse en él el espíritu literario sacrificado a la necesidad suprema de la acción y la lucha, en la existencia de sociedades forzosamente inhospitalarias para las manifestaciones desinteresadas del espíritu; así como puede representarse en su faz de ciudadano, dando expresión a sacrificio aun más doloroso, la *injusta inutilidad* frecuentemente prescrita por la desorganización de nuestras democracias a la indomable porfía de la convicción, a los rasgos firmes del carácter, a la inquebrantable tenacidad de la virtud.

Junto a una apreciación más detenida de la varonil personalidad del escritor, habría interés en considerar la suave fisonomía del poeta.

La escuela literaria a que puso sello el autor de *La Cautiva* tuvo un carácter esencialmente relacionado con los heroísmos de la época, y modelóse en el concepto, que el mismo Echeverría formuló, de una literatura social y revolucionaria. La poesía cobraba nueva inspiración, después de haber flotado sobre la epopeya de la independencia y consagrado sus victorias, para ser otra vez, en medio de las luchas por la libertad, como la cincelada empuñadura del acero o como el lampo que arrojaba de sí la misma espada estremecida. Pero la cuerda heroica partió entonces su imperio con las primeras manifestaciones del subjetivismo poético y de la melancolía romántica, y el verso ahondó en la intimidad de la conciencia, al mismo tiempo que continuaba siendo un medio de acción.

No era en Juan Carlos Gómez la naturaleza del tribuno la que se imponía con superior intensidad a la entonación del poeta. En el silencioso recogimiento de la inspiración tributaria de los ensueños y las lágrimas, que desata el aura del sentimiento individual, libre de la presión niveladora e imperiosa del ambiente colectivo, y no manifestándose este sentimiento en el arranque súbito de la emoción ni con la fuerza que estalla en el sollozo de Musset o en la imprecación byroniana, sino cuando se ha tendido sobre él el velo de una suave melancolía, y vagan sigilosas las sombras de la meditación o del recuerdo, era cómo la íntima naturaleza de nuestro poeta desempeñaba su ley, y acertaba con la nota pura, sencilla, la que llega al centro del alma, ya diese voz a las tristezas de la ausencia, ya espaciara el espíritu en los arrobos de la contemplación.

Su poesía refleja así la exquisita suavidad de los sentimientos, que constituía el fondo velado de su personalidad. Nunca entregó a las pasiones de la vida pública sino una parte de su espíritu, y supo guardar constantemente intactas del polvo abrasador de la lucha todas las delicadezas del pensamiento y la sensibilidad, el culto de las cosas íntimas, que constituye el más preciado de esos bienes del alma que el hombre perpetuamente confundido en las

tempestades de la acción suele sacrificar a la devoradora intensidad de la idea que le absorbe o de la pasión que le avasalla.

He de terminar, sobreponiéndome a la atracción de un tema gratísimo; pero no será sin antes insistir acerca de la alta oportunidad con que se autoriza, en este silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras glorias más puras, toda palabra encaminada a una reparación.

Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba, hace pocos años, como suprema inspiración regeneradora, en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de fortalecer, en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor a la contemplación de aquellas épocas en que el carácter, la personalidad nacional de nuestros pueblos y las fuerzas espontáneas de su intelectualidad, vibraban con la energía que hoy les falta ⁽²⁾ y con el sello propio de que les priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota a la fisonomía de estos tiempos.

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido a las que tienen la representación obscura del presente no sólo a nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir se une a la «sagrada voz de la historia», — siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbres, — para exigirnos, cuando se trate de esas generaciones, un homenaje de amor y de justicia, que sea, a la vez, inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve a familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confidencias de su espíritu.

1895.

(1) Incluyo en la colección este lejano artículo, uno de los primeros que salieron de mi pluma, porque puede servir de complemento al discurso que le sigue.

(2) Esto se escribía en 1895.